

La chispa adecuada: desmasculinizarnos

CARLOS M. SOTOMAYOR

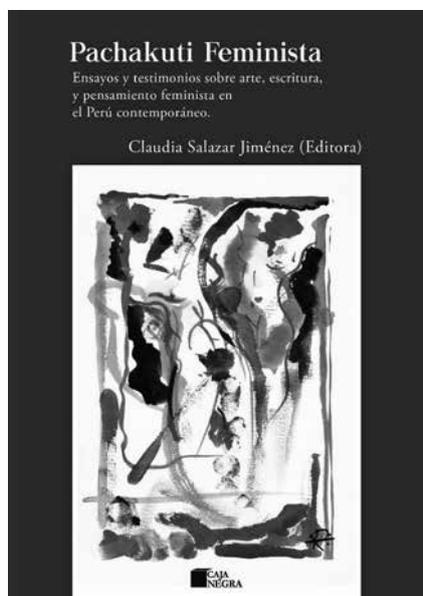
Una mujer y un cartel. “Siempre estuve sola, pero ahora tengo un millón de amigas/o” (p. 11) Una imagen poderosa. Claudia Salazar Jiménez cuenta, en el texto introductorio, el impacto que la imagen generó en ella y que habría sido el punto de partida del libro *Pachakuti Feminista*.

Además de su obra narrativa —a través de su estupenda y premiada novela *La sangre de la aurora* (2013) y el afiado conjunto de relatos *Coordenadas temporales* (2016)—, ha editado dos antologías: *Voces para Lilith. Literatura contemporánea de temática lésbica en Sudamérica* (2011) y *Escribir en Nueva York. Antología de narradores hispanoamericanos* (2014). En ambas antologías emerge, por así decirlo, su faceta de académica. La misma que reaparece en esta reciente publicación, presentada desde la virtualidad —propia de la normalidad imperante— en la FIL Lima 2020.

Salazar ha logrado convocar a dieciocho mujeres quienes desde sus trincheras diversas —cine, literatura, artes visuales, derecho, entre otras— reflexionan sobre el feminismo en el Perú. Encontramos textos de las artistas visuales María Achakutscher y Natalia Iguíñiz; las académicas Francesca Denegri y Diana Miloslavich; las poetas Carmen Ollé, Victoria Guerrero y Violeta Barrientos; la psicoanalista Ani Bustamante; la crítica de cine Mónica Delgado; la abogada Julissa Mantilla; solo por nombrar algunas.

Muchas veces, en la búsqueda vocacional, los modelos suelen ser motivadores a la hora de tomar decisiones y caminos futuros. En el caso de los varones, era fácil encontrar a estos modelos en la escuela. Desde científicos, historiadores, pasando por artistas y escritores. Disímil es el caso de las mujeres, como señala Violeta Barrientos en el ensayo “Feminismos creadores del lenguaje”: “Que las mujeres carezcan de antecedentes en la historia del arte, la literatura, ciencia o política (...) es ya sabido. La historia de la escritura es como los sonidos y silencios a lo largo de una cadena significativa; los hombres hablan y la mayoría de mujeres callan” (pp. 27-28). Barrientos añade, además, la imposibilidad de un referente femenino nacional en el Perú, como sí ocurre en México.

Uno pensaría, claro, en aquella ausencia de referentes femeninos como



Pachakuti Feminista.

Ensayos y testimonios sobre arte, escritura y pensamiento feminista en el Perú contemporáneo

Claudia Salazar Jiménez, editora

Caja Negra

Lima, 2020

210 pp.

si no existiesen, cuando es lo contrario. Existen, pero son invisibilizadas. No se las menciona, no se las estudia. Y, en ese sentido, Francesca Denegri, en “Las ilustradas y yo”, da cuenta de su experiencia personal en la Londres de los años ochenta. Cuenta que trabajaba su tesis de doctorado sobre la primera generación de ilustradas en el Perú —tema de por sí interesante—, pero que la respuesta de sus compañeros era de sorpresa e, incluso, de burla por interesarse en “escritoras menores y olvidables” (p. 51). “Mucho más complicado aún era el asunto en Lima, donde a excepción de algunos pocos intelectuales como Antonio Cornejo Polar y mis compañeras de Flora Tristán nadie me preguntaba acerca del avance de la investigación, porque nadie en verdad se lo tomaba en serio” (p. 52), acota.

¿Por qué ese ninguneo? ¿Por qué ese silencio sobre las mujeres y sus aportes? El texto “Yo no soy esa que tú imaginas” de Rocío Silva Santisteban da algunas

luces al respecto, al referirse a los estereotipos y a la cultura. La poeta cita a Freud cuando se refirió a las mujeres como “el continente negro”, entendiéndose la referencia como “salvaje”, “primitivo”. Esa subestimación irracional, pero que se ha ido consolidando dentro de una estructura evidentemente patriarcal sería la razón, o una de las razones, a nuestras interrogantes anteriores. Entonces, ¿cómo revertir esta situación? Silva Santisteban habla de una cultura de las mujeres “que debe ser reconocida en políticas públicas específicas. Este reconocimiento debe implicar un empoderamiento a través de la difusión de nuestros propios valores culturales, de imágenes de mujeres libres de todo sexismo y machismo y cuya agencia haya permitido que los valores vinculados con una femineidad pasiva (debilidad, victimismo, mansedumbre) cambien en otros y estos nuevos valores femeninos (laboriosidad, persistencia, honestidad) se conviertan en elementos instrumentales de una nueva sociedad” (p. 177).

Es claro, entonces, que debemos apuntar a desterrar el machismo. Pues como explica bien Silva Santisteban, “el machismo es una ideología que destruye tanto a hombres como a mujeres puesto que exige una serie de comportamientos del varón que, muchas veces, son imposibles, crueles e incluso canallas” (p. 177). Pero todo esto será inútil si se mantiene en pie y hegemónico el sistema patriarcal que hoy domina el mundo. En ese sentido, Salazar es optimista y señala, en su texto “Mujeres y feminismos: entre el arte y el fuego”, que “las hogueras patriarcales serán apagadas tarde o temprano. El feminismo es el verdadero fuego transformador” (p. 148).

Entre los méritos de *Pachakuti Feminista*... el principal, creemos, es que sirve para ahondar en una discusión vital, a través de la mirada feminista, que encamina la búsqueda de transformar el mundo en uno mejor para todos. El libro que ha pergeñado Salazar se vuelve, de alguna manera, en una chispa más de ese gran fuego transformador que ella vislumbra en el horizonte. Y, en ese anhelo, no está sola. Como reza el letrero de la mujer de la marcha, mencionada al inicio, tiene un millón de amigos. En ese anhelo estamos todos, todas, *todes*.